

CAPITULO XI.

DE LA VIDA Y DICHOSA MUERTE DEL P. FRANCISCO MORENO,
FÉRVOROSÍSIMO OPERARIO
EN LOS MINISTERIOS QUE PARA AYUDA DE LAS ALMAS
USA LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1653.

No quiero que se me quede por trasladar aquí, por remate de la historia de este muy religioso Colegio, la carta que vino á mis manos del P. Francisco Carboneli, su Rector, en que da cuenta de las virtudes y dichosa muerte del P. Francisco Moreno, que habiendo trabajado con grande ejemplo de virtud y celo del bien de las almas, se lo llevó Nuestro Señor á descansar, y la carta dice así: «*Pax Christi, etc.* A 10 de Agosto de este año corriente de 1653, á las ocho de la mañana, fué Nuestro Señor servido de llevarse para sí al P. Francisco Moreno, de 44 años de edad, 27 de Compañía y 8 de profesión de cuatro votos. Nació el Padre en la ciudad de Sevilla, de donde, siendo de muy poca edad, pasó á las Indias y estudió la Gramática en México con muy buen nombre y crédito de habilidad y virtud. Entró en la Compañía y comenzó su noviciado, dando, desde luego, muestras en sus primeros fervores, de los progresos en el espíritu y de la solidez en las virtudes que iba zanjando, para que tan hermosamente descollasen después en el discurso de su religiosa vida; la que hizo en su noviciado pudo ser ejemplar á las más fervorosas, y la que allí comenzó prosiguió en sus estudios y continuó hasta su fin. Y debe contarse por su virtud principal, el perpetuo tenor y la invariable constancia con que siguió las virtudes religiosas, sin descaecer jamás de su observancia y adelantándose siempre en sus ejercicios, en los cuales fué mayor su esmero cuando fueron más apretadas sus obligaciones. Cuando se vió con las de sacerdote, se empeñó en nuevos alientos su fervor para dar perfecto lleno á su oficio. Comenzó, desde luego, á darse al de un cabal obrero de la Compañía, labrando primero en su propia alma, el modelo que después procuraba trasladar á las ajenas. Para esta obra, le sirvió de taller el ejercicio de la oración; la hora que para ella estaba señalada la había hecho indispensable su fervor, aunque clamasen por la dispensación ó la quiebra en la salud que algunas veces sentía, ó la falta de sueño, que por haber gastado la noche en confesión ó asistencia á algún enfermo, no pocas padecía; y se le lucía bien este cuidado en las medras que de él sacaba. Fué su mortificación muy ejemplar: en su vestido y aposento se contentó siempre con lo preciso, y aún de eso cercenaba cuanto podía, siendo su trabajo en los ministerios continuo; jamás se desayunaba, ni aun con la bebida que es tan usual y apetecida en esta tierra, y si alguna vez, forzado de la necesidad lo hacía, era tan parcamente que más parecía irritar el apetito que satisfacerle. Era costumbre inviolable suya, cuando se sentaba á la mesa, luego que se le ponía el plato elegir en él y apartar el mejor bocado para dejarle; y esto con tan grande exacción, que si era el plato de dos ó de tres suertes, ó frutas, buscaba en cada una

lo más bien pasado para apartarlo, costumbres en que nunca se vió dispensase. Tal vez le vieron mezclar con la vianda ceniza, y corrido de ver su mortificación advertida, dió por excusa que frisaba bien con su estómago aquella salsa. Al paso de su mortificación corría su pobreza, su vestido tal vez parece que pasaba los límites de pobre, y se rozaba en los de vil, especialmente el interior, que por andar lejos del registro de los ojos, podía en su desprecio lograr las ansias de su espíritu. En su aposento jamás tuvo alhaja de valor ni aun libro de importancia, era tan menudo en materias de pobreza, que para cosas levisimas pedía licencia y las registraba, juzgando por más seguro el uso cuando en el Superior era más clara la noticia; quien fué tan pobre no pudo dejar de ser humilde. Fuélo tanto el P. Francisco Moreno, que en él hallaban los Superiores un ánimo no solamente dispuesto y pronto, pero alegre y agraciado para fiarle los oficios y ministerios que, ó por humildes no se atrevían á encomendar á otros, ó por penosos se embarazaban al encargarlos. En ocasión en que faltó en este Colegio (en que vivió casi 14 años) maestro para la escuela en que se enseñan á leer y escribir y la Doctrina Cristiana los niños, se encargó de ella y asistió á esta prolija tarea por tres años enteros, con tanta puntualidad y alegría, como si fuese el empleo más descansado y lucido del mundo. Con el mismo agrado acudió á algunos oficios de los temporales, que viendo su docilidad y destreza le encomendaron; y en la solicitud y primor con que los servía, mostraba la voluntad y espíritu con que los aceptaba. Efecto era de esta humildad, el sentir tan bajamente de sí, que hubo ocasiones en que desde el púlpito confesó tenerse por tan poco apto para aquel ministerio, que se juzgaba por indigno de ejercitarle. Valiéndose de este conocimiento para excusar discursos que sólo sirven al aplauso de quien los forma, y á la curiosidad de quien los oye, para entrarse en los que sólo se ordenan á enseñar las almas, convencer los entendimientos y rendir los corazones. Y premió Dios este espíritu con un caso singular que le sucedió predicando la Pasión Sagrada un Jueves Santo en la noche. Procuró con grande viveza de razón y afecto, persuadir el perdón de los enemigos. Entre los que oían estaba uno tan encarnizado en un odio mortal contra otro por haberle poco antes muerto á un hijo suyo, que no habían bastado medios humanos bien eficaces que se habían tomado para aplacarle; oyó el sermón y en él le movió Dios el corazón tan eficazmente, que no pudiendo contenerse salió de la Iglesia desahaciéndose en lágrimas y se fué á la Iglesia en que estaba retraído el homicida (donde, por ser la noche que era, había muchos testigos del caso), diciendo á voces: ¿dónde está Fulano? Déjenme ver, que le buseo para perdonarle y abrazarle y ser su amigo, que lo que no han podido conmigo motivos divinos ni humanos, ha recabado el P. Francisco Moreno con un sermón que vengo de oírle. Y careándose con su enemigo, le abrazó y quedó trocado de su denunciante en su abogado. Campeó también mucho la humildad del Padre en algunas ocasiones, en que habiendo precedido alguna pesadumbre (inexcusable á veces aun entre los espirituales) de que resultaba quedar el Padre ofendido, no sólo remitía con grande caridad la ofensa, pero echábase á sí la culpa, y para purgarse de ella, puesto de rodillas pedía el perdón á quien le había hecho el agravio; siendo esta acción humilde de tanto mérito para el uno, como de confusión para el otro.

En todas las virtudes religiosas procuraba esmerarse, especialmente en las propias de los obreros de la Compañía, cuyas obligaciones tenía perfectamente entendidas por estar tan actuado en el instituto, reglas y ordenaciones, así las generales de las Congregaciones como las particulares de los Colegios, como si éste fuera su principal estudio. Túvolo también muy cuidadoso en todas las ceremonias sagradas de la Misa y Oficio divino, y era celosísimo de que todos se ajustasen á su perfecta observancia, y cuanto advertía que era contra ella, lo procuraba remediar por el modo más suave y eficaz que podía. Y el que para celebrar se lavaba tanto en sí y en los demás lo ceremonial en el culto exterior, bien se deja entender cuánto procuraría la limpieza interior en el alma, á los divinos ojos más agradable, y para aquel acto más necesaria; era en esta materia el P. Francisco Moreno ejemplarísimo Sacerdote. Reconciliábase cada día, y no pocos dos y tres veces, esquivando tanto cualquier defecto por leve que fuese, que si en esta materia puede haber nimiedad, la tenía el Padre. Exactísimo fiscal de su vida y menudísimo pesquisidor de sus acciones, temiendo su delicada conciencia falta donde no la había, y acusándose de todas las que tenía, tan sin perdonarse, que recelando cansar ó no hallar tan á mano al confesor ordinario, había alcanzado licencia para confesarse con otros de casa, para que ningún accidente le obligase á celebrar con el más leve escrúpulo. De la fuente pura de esta conciencia tan despejada, brotaban aguas vivas de un ardiente celo de purificar las almas; valiase, para conseguirlo, del ministerio de confesar, en el cual se puede contar el Padre Francisco Moreno entre los obreros más señalados que ha tenido la Compañía. Era perpetua su asistencia al confesonario; ninguno le buscó en él, que no le hallase, y á ninguno desechó que le buscase, tan sin excepción de personas, que ni el rico tenía más cierta la entrada que el pobre, ni el noble más seguro el despacho que el plebeyo. El pecador más desgarrado, el negro más vil, el indio desvalido y el niño más inocente, hallaban á todas horas buena acogida en su confesonario, y con cada uno gastaba el tiempo que había menester su capacidad y necesidad, aprisionando su atención á cada uno, como si fuese solo, y á veces por espacio tan dilatado y prolijo, que no admiraba menos la paciencia del penitente que la fortaleza del confesor. Donde más presa hacía la admiración, era en que este prolijo examen que parece podía desgraciarlos y retirarlos, más los ganaba y atraía; y así, le siguió siempre grandísima copia de penitentes de todos estados con increíble constancia, y adquirió tan grande opinión en esta materia, que movidos de ella le buscaron algunos de muchas leguas fuera de la ciudad, aun sin conocerle, para hacer confesiones generales y reformar sus vidas. En ocasión que corrió una general dolencia con nombre de peste, de que adolecieron muchos y murieron no pocos, se esmeró grandemente el fervor de este grande operario. No paraba de día ni sosegaba de noche, buscando á todas horas empleo á su celo y logro á su caridad; trasegaba los barrios más distantes donde andaba más desenfrenado el contagio; entrábase en las casas más estrechas donde era la necesidad más urgente, alentando á todos en el alma, con administrarles el Sacramento de la Penitencia, y en el cuerpo, con dejarles el socorro de las limosnas que para este efecto buscaba entre sus penitentes; continuando de noche, por ser llamado, el ejercicio mismo en que se había fatigado de día, mo-

vido del celo. Y en este particular, parecía incansable, porque le acontecía continuar la asistencia á enfermos, de obligación por muchas noches, sin rendirse á la fatiga ni pedir quien le ayudase á llevarlas.

De este tesón perpetuo á este ministerio tan importante cogió grandes frutos en la reformation de costumbres que consiguió, y en la frecuencia de Sacramentos que entabló. Movidos de sus exhortaciones comulgaban cada semana gran número de estudiantes, y á algunos de ellos daba los ejercicios de la Compañía cada año con tan conocidas medras, que podían sus vidas ser dechado á las más religiosas. Solicitó y afervorizó los viernes de Cuaresma el devoto ejercicio de las disciplinas en nuestra Iglesia, y asistía á él sin partir con nadie los oficios varios con que procuraba hacerle más meritorio; él, por su mano, tejía las disciplinas y los cilicios que repartía entre año, y especialmente estos días; él leía un rato de lección espiritual, á que se seguía una exhortación breve que acababa siempre con un acto de contrición que de rodillas hacía, entonándolo él y siguiéndolo todos con gran fervor y lágrimas, y por sí mismo cantaba el Miserere, poniendo devoción y compunción á los corazones más rebeldes. En estos empleos, con que tanto se habíaazonado, le cogió la última dolencia que desde luego conoció el Padre ser mortal, y aunque le halló tan prevenido, se preparó mejor con fervorosos actos de amor de Dios, de conformidad con su voluntad y de dolor de sus culpas; y apretándole tanto el achaque, que en breves términos haciendo raptó al cerebro, le quitó el habla, pero nunca le faltó para pedir con repetidas instancias los Sacramentos, especialmente los de la Extremaunción, que recibió con gran devoción y conocimiento, y al séptimo día del mal, dió su alma en sosegada paz en manos de su Criador. Paréceme tuvo el Padre aviso del cielo de su muerte, porque á cuatro de éste convidó á los de casa escribiesen para el cielo adonde se partía; llevóse al principio por cosa de risa, pues se andaba por la casa y siempre dijo se moría, aun cuando el médico al principio no hacía caso de su achaque. El segundo día de cama, mandó se me diera una carta que me tenía escrita y la leí con ternura y admiración, escrita á dos del mismo mes, día de la Poreiúncula. En ella reparaba menudencias de su pura conciencia, y declaraba religiosas atenciones. Siguióse á su muerte un tan general sentimiento y lágrimas en toda la ciudad, que parecía haber faltado á cada uno padre, amparo y remedio. A tiernas voces y sentidas lágrimas publicaban todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, lo que le debían sus almas, y la falta que les había de hacer su enseñanza, durando por muchos días en los confesonarios estos lamentos. Tomó á su cargo el entierro el muy religioso y numeroso convento de San Francisco, y á él acudieron todas las Religiones y un tan numeroso concurso de todo lo noble y plebeyo de la ciudad, cual nunca se ha visto, traídos todos de su afecto y sentimiento y publicando todos sus religiosas virtudes y admirables ejemplos, los cuales nos dejaron con muy segura confianza de que le llevó Dios á darle en la gloria el premio de su ajustada vida.

CAPITULO XII.

FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
EN LA CIUDAD DE MÉRIDA,
EN LA PROVINCIA DE YUCATÁN, Ó CAMPECHE. AÑO DE 1618.

Para que mejor se entienda el puesto y lugar de este Colegio, que es de los más apartados que tiene la Provincia de Nueva España, digo que la de Yucatán, cuyo puerto principal es el mayor del Norte, y se llama Campeche: fué dichosísimo en haber sido la primera tierra firme que descubrieron los españoles cuando conquistaron el Nuevo Mundo de las Indias, y por consiguiente, es gloria de esta Provincia el haber sido puerta por la cual se abrió camino y entró la luz del Evangelio, y se comunica á infinito número de gentes, y finalmente, la tierra de esta costa fué dichosísima, porque ella fué la primera de toda la América, donde los españoles levantaron y enarbolaron el glorioso estandarte de la Cruz de Cristo; sucediendo esto el año de 1517, como latamente lo escribe el autor de la Monarquía Indiana, Fr. Juan de Torquemada, desde el capítulo tercero del libro cuarto de su historia. Y dos años después el insigne y que será celebrado en todos los siglos futuros, Fernando Cortés, acometió el descubrimiento dichoso y conquista de la Nueva España, que es tierra continuada con la Provincia de Yucatán; la cabeza y principal ciudad de esta Provincia es Mérida, distante del puerto de Campeche 36 leguas. En esta ciudad tiene la Compañía el Colegio de que aquí tratamos, y en ella tiene su asiento el Gobernador de toda la Provincia, que ordinariamente suele ser señor de título, el cual, aunque es absoluto en su Gobierno, pero en grado de apelación está subordinado á la Real Cancillería de México. También en la misma ciudad de Mérida está la Silla Episcopal y Catedral, cuyas doctrinas y beneficios curados de indios los más están á cargo de los Religiosos de la Orden Seráfica de San Francisco, á cuyos hijos muy en particular se debe la conversión de este Nuevo Mundo; y fuera de esta sagrada Religión, ninguna otra de las Mendicantes ha fundado en la Provincia de Yucatán, más que la Compañía de Jesús, cuya entrada dispuso Nuestro Señor, con su divina Providencia, con la ocasión siguiente:

El año de 1617 en consulta de Padres graves de nuestra Provincia, el Padre Provincial, que entonces era P. Rodrigo de Cabredo, propuso (parece que con inspiración divina): que pues la Compañía se había extendido por casi todos los lugares de la Nueva España, y en toda ella por medio de sus ministerios en misiones y Colegios había cogido, con la divina gracia, tan abundantes frutos espirituales en las almas como se sabía, y que sólo le faltaba comunicar su doctrina en la Provincia de Yucatán, de las que pertenecen á este reino, que sería servicio de Dios y gloria suya que se dispusiese que algunos de nuestros Padres fuesen en misión á la dicha Provincia. Esto no se había intentado ni dispuesto antes, por estar empleada la Compañía en tantos puestos y lugares como son los de la Nueva España, y tam-

bién por estar la tierra de Yucatán y Campeche apartada trescientas leguas de México y ser necesario hacer el viaje por mar, porque aunque se puede hacer por tierra, pero por ella viene á ser muy grande el rodeo y dificultoso el camino. Esta misión, que propuso el Padre Provincial, parece que fué inspirada del cielo, como se echó de ver por los efectos, porque aplaudiéronla como obra de grande servicio de Dios todos los Padres Consultores.

Uno de ellos, que era el Padre Maestro Pedro Díaz, de los primeros que vinieron de España á fundar nuestra Provincia mexicana, y que había sido Provincial de ella, se hincó de rodillas, y siendo ya de anciana edad, se ofreció para la empresa, aunque tan trabajosa, é hizo su oferta con tal afecto de devoción, que se le hubo de conceder una obra que había de ser de tanta gloria de Dios, como adelante veremos; diósele por compañero otro Padre Sacerdote que le ayudase en los ministerios de predicar y confesar. Púsose en ejecución la santa jornada, y con próspera navegación llegaron los Padres al puerto de Campeche y de allí pasaron á la ciudad de Mérida; en ella fueron recibidos con muy gran benevolencia del Sr. Obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar, de la sagrada Orden de San Agustín, y asimismo del Gobernador de la Provincia, que lo era D. Tristán de Luna y Arellano, Mariscal de Castilla. Y aunque hasta este tiempo ni la ciudad de Mérida ni su Provincia de Yucatán habían visto Padres de la Compañía en su tierra, pero había mucha noticia en ella de los frutos que con su doctrina y ministerios hacían en la Nueva España; y así, fué de grande gusto en toda la república la llegada de nuestros Padres misioneros; hospedáronse en el hospital del título de Nuestra Señora del Rosario, que después se dió á los Religiosos de San Juan de Dios.

El P. Pedro Díaz y su compañero, con el grande celo de la salud de las almas que llevaban, dieron principio con los ministerios que en estas empresas usa la Compañía, de sermones y pláticas espirituales á propósito de exhortar á la frecuencia de los Sacramentos, que son el único remedio de mejorar la vida é introducir costumbres y virtudes cristianas en las repúblicas. Toda la gente acudía á los sermones que eran frecuentes, no sólo en la Catedral, sino también en la Iglesia de los Padres de San Francisco, que con mucho amor y benevolencia convidaban á nuestros Padres con su púlpito; pues ya cuando vieron el ejercicio de virtud, que es de tan grande edificación y provecho cuanto no se puede explicar en breves palabras, de salir los Padres cantando la Doctrina Cristiana con la gente menuda del pueblo, y explicarla, y declararla en las plazas y calles (como desde su primera institución lo ha usado la Compañía); eran dobles los aplausos y buenos efectos y frutos que de esto se seguían, y entre otros, el despertarse deseos en muchas personas principales de la república á pretender que los Padres se quedasen en su tierra, ó que fundasen Casa de propósito para que ellos y sus hijos gozasen de la doctrina y enseñanza de la Compañía; y comenzaron á tratar de esto con nuestros Padres, ofreciendo desde luego su ayuda y socorro para la ejecución de esta obra, y para el sustento de los maestros que aquí viviesen. Esta devoción que á nuestros Padres misioneros cobró la ciudad de Mérida, fué causa de que esta misión durase más que lo ordinario, porque se detuvieron en aquella más de un año, cogiendo abundantes frutos espirituales de confesiones de grande importancia, de mudanzas de vidas,

de introducción de buenas y santas costumbres, efectos propios y experimentados en las misiones que usa la Compañía; pero lo que hubo particular en ésta, demás de haberse movido los ánimos de la gente principal á tratar con mucha eficacia de que se fundase en Mérida Colegio de la Compañía, fué una cosa singular, que declara la veneración que esta ciudad, y en particular su Cabildo eclesiástico, cobró de la persona y religión del venerable Padre Maestro Pedro Díaz, principal ministro de esta misión, porque con su amabilísima condición y trato, y con el ejemplo de su santa vida (que ya dejamos escrita), ganó de suerte las voluntades de todos, que ya que no le pudieron detener en su tierra, como deseaban, le hicieron retratar, y los Prebendados de la Catedral pusieron su retrato en su sacristía, y cuando dos años después fundó aquí Colegio la Compañía (como adelante se dirá), presentaron este retrato á los nuestros, en confirmación de la estimación con que habían quedado del primer sujeto de la Compañía que en aquella tierra había esparcido los rayos de su santidad y doctrina; el cual, finalmente, habiendo cumplido con felicísimo suceso su misión y empresa, y dejado edificada aquella ciudad y su Provincia, dió la vuelta á México, llevando encargado el tratar con los Superiores de la fundación del Colegio de la Compañía en esta ciudad de Mérida, lo cual se puso en ejecución, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

PASAN LOS DE LA COMPAÑÍA Á FUNDAR EL COLEGIO DE MÉRIDA, Y EJECÚTASE CON SINGULAR APLAUSO ESTA FUNDACIÓN.

Quedaron los vecinos de la ciudad de Mérida tan gustosos y edificados de los ministerios que nuestros Padres habían ejercitado en su tierra el tiempo que duró allí su misión, que no cesaban sus deseos y diligencias en procurar que la Compañía fundase allí casa ó Colegio de asiento; y Dios Nuestro Señor, que sabía de cuánto servicio de su divina Majestad y provecho de las almas había de ser esta fundación, movió el corazón de un vecino principal de esta ciudad, que ofreció lo que fuese necesario para ella. Este fué el Capitán Martín de Palomar, natural de Medina del Campo, persona muy calificada de la ciudad de Mérida, que de los bienes que Dios le había dado ofreció á la Compañía treinta y seis mil pesos para el sustento de los que allí fuesen y para edificar casa de morada é Iglesia. Con esta resolución, escribieron los ciudadanos de Mérida á nuestro Padre Provincial á México, pidiéndole que de su parte aceptase esta fundación y se sirviese de enviar algunos Religiosos Padres que diesen principio á ella. Esto fué el año de 1618, en ocasión que llegaba de Roma el P. Nicolás de Arnaya, adonde había ido por Procurador General de nuestra Provincia, y venía señalado de N. P. General por Provincial de ella; el cual, reconociendo que sería de mucho servicio de Nuestro Señor la nueva fundación que se ofrecía y la piedad y benevolencia con que ya deseaban y pedían, así el Capitán Martín de Palomar como los de

más vecinos de Mérida, resolvió, con consulta de los Padres graves de la Provincia, enviar tres Padres Sacerdotes con un Hermano nuestro, para que, aceptada la fundación, echasen los primeros fundamentos de ella. Por Superior de los demás y primer Rector de este Colegio, fué señalado el P. Tomás Domínguez, varón de grande religión, letras y prudencia, y que lo gobernó muchos años con grande ejemplo de virtud en aquella república, y de cuya santa vida hablaremos adelante, como también de la de su compañero, P. Francisco de Contreras.

Llegados nuestros Religiosos á Mérida, fueron recibidos del señor Obispo con sus Prebendados, y del Gobernador y Cabildo secular con muchas muestras de benevolencia. Cuando llegaron había ya Nuestro Señor llevádose al noble Capitán Martín de Palomar, dejando por manda y cláusula de su testamento, que si los de la Compañía viniesen en fundar Colegio en Mérida, se les diese de sus bienes los treinta y seis mil pesos que para esta fundación les dejaba. Y no se debe callar aquí una circunstancia particular que concurrió en la venida de la Compañía á la ciudad de Mérida y Provincia de Campeche, que confirma lo que decíamos al principio, de que esta fundación se ordenaba y disponía con particular disposición del cielo y Providencia divina, y fué el caso: «En esta Provincia no había otra Religión que la Seráfica de San Francisco; su principal convento y cabeza de ella estaba en la ciudad de Mérida, y cuando entra otra Religión de nuevo á fundar en algún lugar, suelen ofrecerse dificultades y diferencias por razón de las cannas y otros respetos; estas no las hubo en esta fundación, sino grande unión y conformidad con la sagrada Religión de San Francisco, en cuyo convento de Mérida vivía un Fraile muy grave, varón insigne, llamado Fr. Pedro Gutiérrez, el cual hacía treinta años que se había recogido á este convento, donde vivía con grande ejemplo de perfección religiosa; este señalado varón, luego que los de la Compañía llegaron á Mérida, rogó al Padre Guardián enviase á saber si nos faltaba ó teníamos necesidad de alguna cosa, y cuando se veía con nuestros Padres gastaba muchos ratos con ellos, siendo así que por su retiro despachaba brevemente cualesquiera personas que fuesen á comunicarle. Demás de eso, dijo este gran siervo de Dios á uno de los nuestros, que antes que el P. Pedro Díaz viniera en misión á Mérida (como escribimos en el capítulo pasado), había deseado y pedido á Nuestro Señor con oración continua la venida de la Compañía á esta tierra, y que después de haberse vuelto á México el P. Pedro Díaz, había perseverado con el mismo cuidado en su oración y petición antigua; y que así, se hallaba muy consolado de ver cumplidos sus deseos cuando ya la Compañía venía á fundar Colegio de asiento; y en consecuencia de esto, tenía cuidado de preguntar á sus Frailes cómo nos iba y nos recibían en la ciudad; y finalmente, cuando se vió cercano á su muerte, llamando á un Padre grave de su convento, le dijo que partía muy consolado á la otra vida por dejar ya en esta ciudad tan de asiento á los de la Compañía, y que le pedía que de su parte procurase que la unión que había entre sus Frailes y ella, por ningún caso faltase.» Tanta como ésta fué la estimación que hizo este Religioso santo de la fundación de nuestro Colegio de Mérida y de los ministerios que en ella habían de ejercitar los hijos de la Compañía. Y fué tan conocido este afecto y estimación que de ella hacía este gran siervo de Dios, que cuando murió y se le hicieron las hon-

ras como á varón tan señalado, hizo favor esta sagrada familia de San Francisco de convidar á un Padre de los nuestros que predicase ese día, el cual, en el púlpito, hizo relación de lo que dejamos escrito, como de cosa muy conocida y sabida en aquel santo convento. Y todos fueron anuncios de lo mucho que Nuestro Señor se había de servir de la fundación de nuestro Colegio de Mérida, como se vió por los efectos.

Después de haber llegado el Padre Rector Tomás Domínguez con sus compañeros el año de 1618, y habiendo sido recibidos en esta ciudad con las muestras de benevolencia que habemos dicho, se compró un sitio para labrar Iglesia y casa de nuestra vivienda; y con el tiempo se fué acomodando lo uno y lo otro, de suerte que ya hoy tiene este Colegio labrada una hermosa Iglesia muy capaz, de cal y canto, cubierta de preciosa madera de cedro de que abunda esta tierra; y cuando se hubo labrado y dedicado, se trasladó el cuerpo de nuestro insigne benefactor y fundador (que estaba depositado en la Iglesia mayor) al sepulcro honorífico que se le había fabricado en nuestra Iglesia y suya, por haberse edificado con su liberalidad y limosna. Labróse también aquí casa de nuestra morada, donde ordinariamente residen diez ó doce sujetos; demás de eso, un patio aparte con su clase muy capaz para la lectura y ejercicios de letras, y la sacristía se fué alhajando de muy buenos ornamentos para la celebridad de sus fiestas; una de las cuales es la infraoctava de la Epifanía, en que se celebra la fundación de esta Iglesia y Colegio, para cuya solemnidad dejó aparte nuestro fundador ochocientos pesos de renta cada año, y que la candelera de fundador se diese al Regidor de la ciudad más antiguo, lo cual con grande solemnidad se ejecuta.

Y no se debe callar aquí la singular beneficencia y devoción con la Compañía de una nobilísima señora llamada Doña Maria de Salas, mujer que fué del Gobernador de esta Provincia, D. Antonio de Figueroa, la cual, viendo que buena parte de la cantidad que se había dado para fundación del Colegio, era menester para el edificio de la casa é Iglesia, quiso dar por tiempo de siete años todo cuanto hubiesen menester los nuestros para su sustento, vestuario y ornamentos de sacristía; señora que fué de grande cristiandad y ejemplo en esta república, y con cuya liberalidad y limosna quedó perfecta la fundación de este Colegio.

CAPITULO XIV.

FRUTOS QUE RESULTARON DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LA CIUDAD DE MÉRIDA.

Luego que los Padres Tomás Domínguez y Francisco de Contreras, que iban á dar asiento á esta fundación, llegaron á Mérida (varones el uno y el otro de grande celo de la gloria de Dios y bien de las almas), comenzaron á entablar muy de asiento los ministerios que en

las demás partes donde está usa la Compañía: sermones, pláticas, doctrinas, visitas de pobres, encarcelados y enfermos de los hospitales, avivando en todas esas partes una gran devoción á la frecuencia de los santos Sacramentos de la confesión y sagrada Comunión, como medios principalísimos de la salud y eterna felicidad de las almas. Recibióse esta doctrina con grande gusto en todas partes: en la Catedral, donde el señor Obispo mandaba muchas veces predicar á los nuestros como hasta hoy lo hacen, en conventos de Religiosas que hay en esta ciudad, y algunas veces en la Iglesia de los Padres de San Francisco. Seguíanse de estos ministerios gran fervor de confesiones y no pocas generales, que suelen ser buen principio de mudanza y mejoría de vida.

Procuraron luego nuestros Padres entablar todos los ejercicios de piedad y devoción que ayudan á la guarda de la vida cristiana. Uno de estos fué como muy principal, fundar en nuestra Iglesia la Congregación de seglares, que muy en particular se dedican al servicio de la Santísima Virgen, como donde quiera que tiene casa la Compañía lo usa. Admitieron esta utilísima devoción los vecinos de Mérida con grande gusto, y los más principales de ella se inscribían por congregantes, acudiendo con mucho cuidado á los ejercicios y leyes de la Congregación: á pláticas los domingos por la tarde, á frecuentar Sacramentos, y celebrar con grande solemnidad las fiestas de la Santísima Virgen, visitando esos días con limosnas y regalos á los pobres del hospital y cárcel, haciendo cuenta que visitaban á Cristo; y pasaba tan adelante el fervor de esta devoción, que hubo congregante que si entendía que despedían del hospital á alguno que no estaba del todo convaleciente, lo llevaba á su casa, donde lo sustentaban, hasta enviarlo consolado y del todo sano. Ejercicios todos en que se echaba de ver el grande aprovechamiento de los congregantes.

Y no es de dejar aquí de referir un caso que declara cuán agradable le sea á Dios Nuestro Señor que se alistén los fieles y se dediquen en estas Congregaciones al servicio de su Santísima Madre. Un caballero de los de mayor autoridad en esta ciudad, se sentía llamado de Nuestro Señor para acudir á las pláticas y á los demás ejercicios que veía en esta Congregación; pero su vida era tan desconcertada y poco aplicada á estos santos ejercicios, que le parecía cosa imposible y aun indecente á su estado el acomodarse á ellos; y así, se descuidaba en acudir á este llamamiento é inspiración del cielo. Al mismo punto, pues, que vencido de su tentación se resolvió en que no había de ser congregante, confesó él mismo que por esta rebeldía había caído en una tan grave enfermedad, que yendo en crecimiento á pocos días, le resultaron unas llagas tan encanceradas, que le pusieron en trance de muerte y fué menester que de prisa recibiese todos los Sacramentos, hasta el de la Extremaunción; y viéndose en este extremo, se valió de dos medios y diligencias á que él mismo atribuyó el haberle concedido Nuestro Señor la vida para hacer penitencia (como él decía) de sus culpas: la primera, procurar que le admitiesen en la Congregación, que él tanto había repugnado; la segunda, de un voto que hizo al Apóstol de las Indias, nuestro Padre San Francisco Javier, de mandarle decir un novenario de Misas y celebrar cada año su fiesta; y con esto, se esforzó á sufrir la carnicería que para su cura los cirujanos habían de hacer, los cuales lo habían ya deshauciado, no dándole más